

GEDEÓN

ES EL PERIÓDICO DE MENOS CIRCULACIÓN DE ESPAÑA

10 céntimos NÚMERO SUELTO 10 céntimos

DIRECCIÓN: LOPE DE VEGA, 39 Y 41.—ADMINISTRACION: SERRANO, 55 .

AÑO XI

MADRID, JUEVES 27 DE ABRIL DE 1905

NUM. 492



THE ATHLETIC LIBERAL CLUB

(CARRERAS A PIE... Y SIN DINERO)

GEDEÓN.—¿A DÓNDE VAN USTEDES TAN DE PRISA?

UNO, JADEANTE.—A LA META ANHELADA: AL PODER.

GEDEÓN.—PERO, HOMBRES; DIGO, PERO PRIMOS, ¿SI VAN USTEDES EN SENTIDO CONTRARIO!

JUEVES DE GEDEÓN



Supongo que ya te habrás enterado, Gedeón, de que por fin nos abrimos el 14 de Junio, bastante después que las horchaterías.

—Te abrirás tú, Calínez, pues por mi parte cada día estoy más decidido á mantenerme completamente cerrado, porque la situación se va poniendo fea, y hay que adoptar todo género de precauciones.

—No, amigo mío, el que se abre es Villaverde, y se abre lo mismo que un mandarín chino cuando recibe cierto aviso imperial, haciéndose cortes en el vientre. ¡Pobre D. Raimundo, abrirse el vientre á sus años y en día fijo! El 14 de Junio próximo será ¡oh Gedeón! una fecha trágica. En ella perderemos uno de los principales ornamentos del partido conservador.

—Desde que volvieron Silvela y Dato de París, quienes después de contemplar las procesiones de Semana Santa en la capital de la vecina República aseguran que son más malos los *pasos* de allí que los de acá (tibio consuelo á nuestra decadencia nacional); pues bien, desde que regresaron de París esos señores, sabía yo, Calínez, que la apertura del Parlamento y la apertura del vientre de Villaverde estaban ya en vías de ejecución. D. Raimundo ha ido capeando con la *Guía Oficial del viajero*, por todo sistema de Gobierno, la designación de esa fecha luctuosa. A él no le tira el Congreso, por lo mismo que le va á tirar en cuanto se asome al hemisferio; pero, amigo mío, hay trances ineludibles, y sobre todo, amigos de Benito que le ponen á uno en el mismo tablado de la horca, por mucho que se resista. Así como A B C nació para ser diario, Villaverde nació para que le volcaran en las Cortes, y contra esas predestinaciones nada puede la más firme voluntad. Cabe retrasar la fecha, pero no cabe eludirla. A B C diario estará en breve en la calle: á Villaverde le sucederá, poco tiempo después, lo mismo. ¡Lloremos por nuestro saneado estadista, jefe de un Gobierno viajero que el día 14 de Junio realizará su último viaje!

—Posible es que te equivoques, Gedeón, en eso, y que contigo se equivoquen muchos y muy conspicuos caballeros que están ya sacudiendo el polvo de sus casacas ministeriales. Villaverde es más pillín de lo que parece, ó tal vez le sople Besada, gallego y cuco. D. Raimundo se ha defendido como gato tripa arriba (y perdone el Sr. Presidente la comparación, pues no me consta que se ponga así ni aun para los actos más trascendentales de su florida existencia). Villaverde, repito, se ha defendido muy fiera y habilidosamente contra el suicidio parlamentario, alejando todo lo posible la fecha de su consumación. ¡Y cuidado que

le daban tirones para meterle en el Congreso! pero él, nada: unas veces tomando el tren y otras veces tomándolo á broma, librábase gallardamente de las acometidas. Con esto llegamos al centenario del Quijote, y hay una razón más para que no se abran las Cortes, pues no es lógico que al conmemorar la mejor obra española se inaugure la peor que tenemos, y aunque el que escribió la primera está en efigie en la plaza de las Cortes, sabido es que piensa mudarse á la primera ocasión, porque los vecinos le molestan atrocemente. En suma, nada mejor se puede hacer en obsequio del manco ilustre que tener cerrada la casa de enfrente; así es que la razón nos ha convencido á todos. Bueno, pues después se va D. Raimundo á Francia y á Inglaterra, siendo extraordinario el pedido de balcones que hay para verle en París y Londres. Sobre todo, el bello sexo internacional le disputa á fuerza de oro y aun de manotadas las barandillas. La fama de sus gallardas aptitudes ha corrido por Europa, y muchísimas damas extranjeras sueñan todas las noches con él. ¡Los compromisos que va á tener Villaverde en su excursión galobritánica! Por mucho que se multiplique, le será imposible cumplir con todas sus admiradoras. Es lo único que permanece firme de nuestra leyenda dorada; por lo menos, en el extranjero lo creen así, y bueno es que nosotros contribuyamos á esa halagadora creencia. ¡Ya que lo hemos perdido todo, que nos quede siquiera el rabo por desollar! Torna flácido y ojeroso D. Raimundo á Madrid, y tras de unos días de legítimo descanso se decide á abrir las Cortes.

—¿Y entonces desuellan el rabo?

—¡Ca! Riete de esos fatídicos augurios; no ha de ocurrir nada de lo que pensáis. Yo te diré ahora mismo lo que ha de pasar. La primera sesión se celebra el 14 de Junio, ó el 15, ó el 16, ó el 17, porque malo será que no salte algún pretexto decoroso para alargar un poquito la fecha de apertura. Pero doy por supuesto que se verifique el día 14: ya tienes á los mauristas afilando sus puñales en los pasillos del Congreso, y á Dato, actual poseedor y usufructuario de la daga de Silvela, sacándola de la vaina y metiéndola en la vaina, como el que medita un crimen y no se atreve á realizarlo. Corre por las amenazadoras filas el rumor de que en cuanto el Presidente abra la sesión se levantará Villaverde del banco azul y hará el discurso de presentación del Gabinete. «¿Dónde está D. Raimundo?», se preguntan con siniestra voz los conjurados. «Preparando el discurso», se les responde. Y nadie duda ya del sitio en que se halla Villaverde. Todos sus discursos los prepara ahí. Y

figúrate tú, Gedeón, si un discurso tan importante y transcendental como el que ha de soltarnos desde el banco azul exige tiempo de preparación. Otros de menos enjundia le llevaron en el mismo sitio tres horas largas de notas y retoques. Los ministros entran á cada instante con papeles en el laboratorio de la oratoria presidencial y encuentran siempre á su jefe en la misma gallarda postura. A todo esto, hace un calor en la Cámara que no se puede soportar, y los maceros se destiñen, los diputados acuden en grupos, sudorosos, al *buffet*, pidiendo á todo pasto agua de cebada ú otro refresco menos parlamentario, y el Presidente obtiene nueva subvención para regar sus fincas y el hemisferio con el líquido sobrante. Suena por fin la campanilla y repiquetean los timbres. Ahora va de veras; pero D. Raimundo sigue donde se metió. No importa. Romero Robledo pronuncia las frases sacramentales y un secretario lee lentamente el acta de la última sesión. Mientras esto sucede, varios diputados experimentan síntomas de asfixia, y otros, pronunciando frases incoherentes, caen deshechos en sudor. Y Villaverde sin salir. Romero Robledo suplica á la Cámara que le otorgue unos momentos de espera, porque está redondeando un párrafo, y no te quiero decir lo que tarda Villaverde en redondearlos. El agua de cebada comienza á producir sus naturales efectos entre los padres de la patria, y se oyen varios golpes en los pupitres que alarman á los cocheros estacionados á la puerta del Congreso. Continúa el desplome de diputados, víctimas de la temperatura, y Villaverde sin salir. En suma, querido amigo, á la hora y media de sesión se han liquidado casi todos los padres de la patria, y únicamente permanecen en pie los ministros y algunos paniaguados suyos, porque son lo más fresco que hay en España. Entonces aparece triunfalmente Villaverde. El olor de las grandes emociones se extiende por el parlamentario espacio. Empieza á hablar nuestro gran estadista, y los pocos diputados que habían resistido á la asfixia se desploman de golpe: ¡que tanto puede un discurso de D. Raimundo! Al siguiente día aparece un decreto en la *Gaceta* suspendiendo las sesiones por el rigor de la temperatura y el rigor de la oratoria villaverdesca, y seguimos tan dulcemente gobernados todo el estío por el irremplazable hombre público. Esto es lo que ha de suceder, digan lo que quieran los termómetros mauristas y los termómetros liberales, y nadie le podrá argüir de antiparlamentario á Villaverde, pues no cabe decir que no ha tomado las Cortes con calor.

—Te he escuchado atentamente, Cali-



LOS PRIMEROS ESPADAS

—¡CARAMBA, DON RAIMUNDO, TANTO ANDAMOS COMO CORREMOS! ¡ANTEAYER EN VALENCIA, AYER EN ALICANTE, HOY EN CÁCERES, MAÑANA EN BADAJOZ!... ¡TIENE USTED MÁS CORRIDAS QUE YO!

—SÍ, AMIGO FUENTES: NO TENEMOS TIEMPO NI PARA DESNUDARNOS. BIEN DECÍA LAGARTIJO: «LO QUE MÁS ME FASTIDIA DEL OFICIO ES ER TREN».

nez, y veo por cuanto has dicho que cada vez te penetras más de la verdadera política española. Tienes razón; tal como tú lo has pintado sucederá, y poco hemos de vivir si no lo vemos. ¡Villaverde para rato hay en Castilla!

—Por lo menos, mientras duren los sombreros de paja, que nadie piense en sustituirle. A cabezas que así se cubren, corresponden Gobiernos de paja como el suyo.

—Caramba, Calínez, jamás pensé que durase tanto una de esas. ¡En todo es grande y pesado D. Raimundo!



El humor de D. Francisco

Las impresiones que nuestro buen amigo *Azorin* ha recibido del Sr. Romero Robledo, aprovechando un paréntesis eutrapélico, en el Romeral, no pueden ser más desconsoladoras para Villaverde. Presentóse, según fotografía de *Azorin*, el ya jubilado jefe de los húsares vestido con un traje gris, el que mejor conviene á sus constantes vacilaciones políticas, un tanto holgado como sus mismos procedimientos y con un alfiler de herradura en la corbata, símbolo justo de las veces que ha errado nuestro primer cultivador de remolacha. D. Francisco, como siempre, arrimando candela, aunque en aquellos momentos fuese al hogar, dijo hablando de Villaverde, mientras hacía pajaritas con un telegrama de Besada:

«Villaverde es un desgraciado. Ya lo verán ustedes cuando vaya á las Cortes, si es que se atreve á ir. Ya lo verán ustedes á la cabecera del banco azorarse, perder la cabeza—¡pobre D. Raimundo! ¡su último baluarte!—y hacerse un lío.»

La instantánea no puede ser más cariñosa, aunque seguramente á D. Raimundo lo de hacerse un lío no le coge á traición.

Lo prueba que para no hacerse un lío, el hombre retrasa la apertura de Cortes para el mes de Junio, así como los estudiantes suelen dejar siempre para ese mes la asignatura más difícil.

¡Oh, qué noble empeño el de D. Raimundo! Se conforma tan sólo con ir tirando, misión que hasta ahora estaba reservada á determinada representación de la escala zoológica, muy útil para los acarreos de la vida.

¡Ir tirando! No se alcanzaría otro más profundo pensamiento á Federico Delrieu, y disimulen las circunstancias este reclamito.

Después de este pequeño pasabola dedicado al Presidente, sigue diciendo D. Francisco, siempre arrimando candela á su propio hogar:

«Yo no he visto jamás lo que estoy viendo ahora: no hay gobernantes, no hay tampoco en el Parlamento aquellos grandes oradores de antes—muestras de agradecimiento de Maura, Canalejas, Salmerón y el Garibay de D. Melquiades;—yo no sé dónde vamos, ni qué va á ser de nosotros...»

Así, con puntos suspensivos, colocán-

dose discretamente en uno de ellos don Francisco. Luego, tras breve recorrido á los oradores del actual Parlamento, dice, ocupándose de Salmerón, que sólo tiene una nota. Nosotros, sinceramente hablando, creemos que ni aun esa, porque el do de pecho que tanto entusiasmo á las multitudes, ya no puede con él don Nicolás; y de Canalejas afirma que se amilana y que pierde toda su fuerza, juzgándolo piadosamente como una botella de champagne descorchada. De Pidal dice que está agotado. ¡Oh visible injusticia! ¡Agotado un hombre que cobra dieciséis sueldos y es padre de los cien mil hijos de San Luis!

D. Francisco, siempre de buen humor, no concibe que un orador se agote, y una voz oportuna y discreta dice desde el interior de la casa en aquel instante:

—El señor está servido.

Comprendemos fácilmente que don Francisco no se agote.

Luego, después del yantar, Romero enseñó á nuestro buen amigo *Azorin* su mejor obra política, unas dos mil parras plantadas por él. D. Francisco confesó humildemente que en la huerta había hecho verdaderos horrores, recordando, sin duda, su juventud antiborbónica. «No sé, no sé, dice volviendo al *leitmotiv* de la *interview* el antiguo pollo antequerano, no sé dónde vamos á parar.»

Y en aquel momento, con una precisión justa, unánime, los gansos del estanque graznaron, como diciéndole con suprema ironía:

¿Que dónde vamos á parar? ¡Pues á la presidencia del Congreso, como si nada hubiera ocurrido!

No cabe duda que D. Francisco es uno de los hombres de mejor humor que nos quedan.



Cortes de Cake

Por fin, — como diría un diario rotativo — se van á abrir las Cortes alla, por el estio, cuando muertos de asfixia caigan los pajarillos y se halle echando bombas el célebre hemicielo.

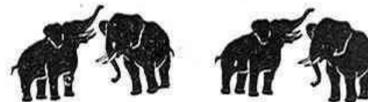
¡Oh padres de la patria, cuyo valor admiro, decid á vuestros sastres que os hagan á corre-hile unos trajes de *Cake*, que es género propicio para escuchar las latas de Alix y de Vadillo y resistir de Junio los ardorosos impetus!

Si todos al Congreso de *Cake* vais vestidos, realizaréis con ello providencial designio, pues cuando España entera se llena de eso mismo, sus diputados deben, sin vacilar, lucirlo.

¡Y no digamos nada también de los ministros!

¡Cómo estarán de *Cake* para ese mes, Dios mío! Y el propio Don Raimundo, que es hombre prevenido, ¡con qué primor tan grande, con qué afán tan prolijo se cubrirá de *Cake* antes de abrir el pico!

Rindamos gracias todos al genial individuo que dispuso estas cosas en día inspiradísimo, y mirad ¡oh españoles! con común regocijo á un Gobierno que muere entre el *Cake*, de hijo.



¡Vaya con el problema!

Habíamos quedado en que la sequía pertinaz, molesta, asoladora, etcétera, etc., era la causa del considerable aumento en los precios de algunos artículos—que por desgracia no son literarios ni periodísticos,—y que en cuanto cayeran cuatro gotas, por el propio ascensor bajarían las patatas, la carne y el pan. Las gotas han caído, pero la capa no parece, y, hasta ahora, los que comercian en esos artículos de primera necesidad no se dan por enterados, ó al menos lo disimulan con una perfección admirable.

El problema sigue en plena X, y don Raimundo Fernández del Rivero no es muy despejado para resolver esa incógnita.

Por supuesto, la carestía de la carne para muchos hace tiempo que ha dejado de ser un conflicto; pero para los que aún pueden disfrutar de esa golosina, muy pronto les llegará la hora en que se vean obligados á darle un postrimero y sentido adiós, que ni el de la *Vecchia zimarra*.

¿Cómo explicarse esta subida, teniendo el partido conservador dos hombres de tan respetable volumen y peso como Azcárraga y D. Raimundo?

¿Pues qué, entre los dos no podían suministrar más de *dos mil kilos* de contratapa?

Ahora que está de moda el prestarse gustoso á suministrar pedazos de la piel para algunas operaciones, ¿por qué Villaverde y Azcárraga no se sacrifican ofreciendo sus robustas carnes?

Ello es que la carne sube; dentro de muy poco subirá más que el *Alcotán* y que el mismísimo *Santos Dumont* núm. 12 duplicado.

Con el tiempo sólo podrán adquirirla los que posean cédula de primera clase, hayan comprado los *Ideales* de Grilo—conste que por este reclamito no cobramos nada,—ó estén en posesión de un premio Nobel.

Un filete será el mejor regalo para cualquier fiesta onomástica y de las otras, y se enviará encerrado en un estuche y con tarjeta.

¡Ah, ya previó la Iglesia, muy sabiamente, que llegaría un día como el en que vivimos! ¡Con razón ha colocado á la carne como á uno de los enemigos del



EL CIERRE DE LAS TABERNAS

EL TABERNEIRO.—¡QUE TE CAYES AGUSTO!. ¡COMO NO CERREIS VOSOTROS, LO QUE ES NOSOTROS NO CERRAMOS!

alma, como á una de las más formidables tentaciones!

¡Quién sabe si pasados algunos años se hablará de grandes quebrantos en las fortunas, y diremos en el colmo de la justificación, con admirable ingenuidad?—No tenía otro remedio que arruinarse, que dar ese porrazo! ¡Figúrense ustedes que además de la carne que consumía aquel hombre, tenía una querida que no almorzaba más que filetes! ¡Imposible!



¡El papel vale más!

(NOTAS BIBLIOGRÁFICAS)

Ya hemos hablado aquí otras veces de la *Biblioteca patria*, que patrocinan, según ellos, unos cuantos señores neos como lomas, para quienes la regeneración de nuestra literatura es cosa que se logrará por varios caseros capitalistas é industriales aportando de cinco á cien duros y concediendo premios á los jóvenes ó ancianos decididos á escribir ñoñadas y soserías ilegibles, pero de una moralidad que levanta el estómago.

—La literatura está muy mal—se ha dicho el marqués de Comillas, ó se lo han susurrado al oído los PP. de la Trasatlántica celestial, encargados de despachar el pasaje y carga para el otro mundo mediante estipendios nada módicos.—Muy mal está la literatura—ha repetido el marqués, y de los seis ó siete millones de pesetas que le regalan los contribuyentes españoles en atención á que el señor marqués envió asimismo al otro mundo en tiempos pasados, y nada gloriosos, á más de trescientos mil españoles, ha sacado un billete de dos mil reales, y satisfechísimo ha dicho:—Ea, *veamos á ver* si con esto se arregla la literatura, porque verdaderamente es una lástima, etc., etc.—Por su parte, el conde de Bernar, acreditado casero de la Carrera de San Jerónimo; D. Joaquín Sánchez de Toca, desacreditado ex ministro de Gracia y Justicia, y el conde de Canilleros, ni desacreditado ni acreditado, puesto que es un señor á quien no debe de conocer nadie, ni su familia siquiera, arrimaron otros cien duritos por barba, y otros varios señores han ido *poniendo* á cinco, á diez y á veinte duros, como si se tratara de una catástrofe, ó la literatura fuese alguna obra de albañilería que se hubiese hundido, cogiendo debajo á los infelices que vivimos de un mísero jornal literario, digámoslo así.

El resultado de la piadosa suscripción ha sido otra nueva serie de desperfectos antiliterarios que da grima.

Sí, señores de la *Biblioteca patria*, sí; da grima el que se gasten ustedes algún dinero, siquiera sea bien poco, para el bombo que con este fútil motivo se adjudican, en proteger y publicar obras como *La cadena*, de D. M. Amor Meilán, *Epistolario*, de D. Federico Santander, y *La hija del usurero*, de D. Estanislao Maestre.

Esas no son novelas, ni nada, aunque el señor conde de Canilleros lo crea así.

Está equivocado el señor conde, y ha perdido lastimosamente sus 500 pesetas,

porque ni con la prosa del Sr. Meilán, ni con la de los Sres. Santander y Maestre, se regenera nada ni se va á ninguna parte.

Al Sr. Amor Meilán hace tiempo que creemos conocerle. Es, si no estamos trasbordados, un señor robusto, hercúleo casi, gallego y sentimental, con una cara de haber pertenecido á la benemérita, que dan ganas de echar á correr. El señor Amor Meilán usa unos cuellos agachados y unas corbatas francamente incompatibles con todo refinamiento del estilo. Y... en efecto, comienza su novelita por la descripción de un sarao, que quita el hipo. Todo ello, sin quitar punto ni coma, está escrito en frases hechas y lugares comunes de los que han dado pasmosa celebridad á cierto conocido crítico de teatros. Miren, miren y se convencerán.

«Cuanto aquella noche penetraban en el salón de los señores de Matallana sentíanse momentáneamente deslumbrados, como si por los ojos se les entrase todo aquel torrente de reflejos que se escapaba de mármoles, de brocados y de bronces, en los cuales caían de lleno unas veces, de soslayo otras, los blancos rayos de luz que los esmerilados focos eléctricos esparcían por la estancia. Era ésta suntuosa y bella, como obra del consorcio de la riqueza y del gusto más refinado, y en los menores detalles desde luego se echaba de ver que en todo ello anduviera la experta mano de Calatraveño, el pintor á la moda y el más hábil conocedor de los secretos de líneas y matices, de riquezas y exquisiteces...»

¡Eh! ¿qué tal? No falta más sino decir que «el salón parecía un ascua de oro, que no cabía un alfiler y que la triple hizo gala de sus prodigiosas facultades, mostrando su depurada escuela de canto y su voz extensa y bien timbrada, y viéndose obligada á salir cuatro ó cinco veces al proscenio para recibir los espontáneos y nutridos aplausos con que el auditorio tuvo á bien premiar su labor». Ante tan bella sarta de vulgaridades, enmudecer es lo que nos toca y felicitar al Sr. Amor Meilán, en cuyas manos, si Dios no lo remedia, veremos pronto el cetro de la crítica.

Lo único que no le consentimos es que declare pintor de moda á Calatraveño. Usted perdone, Sr. Meilán; pero Calatraveño es un señor doctor en Medicina y Cirugía, dotado de unas patillas rubias, y á quien suele verse en todas partes protestando de algo. No puede haber ningún gran pintor que se llame Calatraveño: de eso estamos seguros.

La misma idea que de los salones aristocráticos, donde el brocado, los mármoles y los bronces se mezclan formando un pisto horrible y los focos eléctricos esmerilados (*le dernier cri* de la elegancia) sueltan ó dejan caer sus rayos blancos, unas veces de lleno y otras de soslayo, como sucede con las bombillas giratorias de un escaparate que han puesto ahora en la Carrera de San Jerónimo unos yanquis que venden diamantes falsos, el cual escaparate se debiera suprimir por medida de ornato público y aun de sentido común, esa misma idea tiene el Sr. Amor Meilán de la vida humana considerada en su conjunto y en sus pormenores.

No quiere esto decir que nosotros ha-

yamos leído más que la primera y última página de su obra, pero nos ha bastado.

La primera es esa del salón. En la última, una especie de ateo á quien se ve en la página anterior muy mal pintado y metido en la cama, declara que cree en Dios y que se va á casar con Justina. Esta, con el regocijo, hace un movimiento, tira unos papeles á la chimenea, y en un abrir y cerrar de ojos, como si los papeles estuviesen impregnados de petróleo, se destruye un libro, la obra maestra de Félix, *La moral nueva*. Félix es un anarquista terrible, pero tan sumamente tonto, que al ver quemarse su obra sonríe «con amargo excepticismo». (Ya se sabe que el excepticismo suelen escribirlo con *equis* todos estos neos.) Después de sonreír declara que lo mismo le da el que se haya *carbonizado* su libro demoledor.

De ese anarquista debiera tomar ejemplo el Sr. Amor Meilán. ¿Por qué no echa á la chimenea su librito? Entre esa primera y esa última página, ¡cuidado que no hemos leído las demás!, pero de fijo que en ellas no pueden ocurrir más que tonterías.

Lo mismo sucede con las obras de don Federico Santander y de D. Estanislao Maestre; pero de éstos no queda espacio para que hablemos hoy.

Ni todos los goces deben acumularse en un solo día.

Ya hablaremos de esos señores y de sus respectivas obras. Hoy no tenemos espacio ni *tiempo material*, como dice el espiritual D. Francisco Silvela.



... y armas al hombro

Antes que hablemos de ningún asunto, convendrá que se enteren ustedes, los que no lo hayan echado de ver todavía, que GEDEÓN desde este número ha entrado en el gremio de los periódicos rotativos. Los del oficio ya lo han notado, y bien que rabian de celos aparte, pero los profanos no, porque ignoran que eso de la rotativa se conoce sólo con fijarse en que el periódico está cortado mecánicamente, es decir, que lleva en el borde una porción de piquitos ó puntitas graciosas.

Por consiguiente, ya no puede decir D. Raimundo que no le ve la punta á nuestro semanario.

Fijese y reparará que no es una sola, sino varias, en lo cual, como en otros muchos respectos, aventajamos á nuestro gedeónico Presidente del Consejo de Ministros.

¡Qué se le va á hacer! GEDEÓN había nacido para ser el periódico de menos circulación de España, como Villaverde nació para sanarnos la moneda. Desgraciadamente, ni nosotros ni D. Raimundo hemos logrado nuestros propósitos.

¡Estamos dejados de la mano de Dios! GEDEÓN rotativo y la moneda sin sanear...

Y á todo esto, ya hemos proclamado la República en el Campo del Recreo.

No se asuste el celosísimo Gobernador civil de esta insula.

Nos referimos á una República esencialmente literaria y recreativa, con unos

guisantitos y unos huevos prudentemente revueltos con tomate.

La República de las Letras, inventada por nuestros queridos amigos Blasco Ibañez y Morote.

A la proclamación asistimos todos los



plumífero. de Madrid y algunos de provincias y el extranjero.

Afortunadamente, á pesar de tratarse de República, no hubo que lamentar la ineluctable presencia de D. Nicolás, ni sus discursos apocalípticos.

Verdad es que si se hubiera tratado de la otra República, es probable que tampoco hubiese estado allí el jefe.

Y si llega á estar y se proclama eso, ¡menudo disgusto se lleva D. Nicolás!

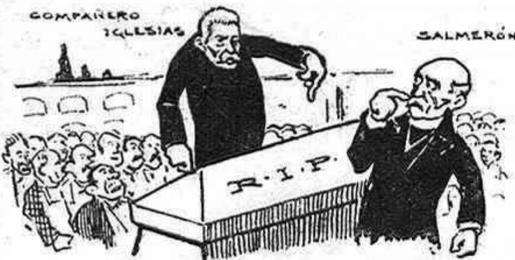
El cual asistió á la magnificente y archiordenada manifestación de los obreros con motivo de las desgracias del tercer depósito.

Fué un espectáculo tan enormemente ordenado, como digo, que, la verdad, daba un poco de rabia.

—Estos obreros—pensaba para su perilla el simpático D. Nicolás Estévez—tienen una cordura y una discreción que asusta.

Como que los jefes del movimiento iban vociferando ya la frase sacramental y fusilada de los discursos de Salmerón:

—Ciudadanos: probemos ante todo que estamos capacitados... ¡que estamos ca-pa-ci-ta-dos!



Y D. Nicolás, el otro, el de la barba corrida, le decía á Iglesias con cierta melancolía aquello del loco:

—Mire usted, amigo, por ahí empecé yo, y mire usted qué pelo hemos echa'lo.

Entretanto, en las principales plazas de toros de la Península ocurrían abundantes casos de hule.

Besada, apuradísimo, en Gobernación, no hacía más que abrir telegramas notificándole cornadas diversas en las regiones glúteas y en otras que es ocioso señalar.



Y al buen señor se le ponían los pelos de punta, pensando en el hule que les aguarda á él y á sus compinches de Ministerio en cuanto comience la brega.

—¡Uyy! —exclamaba todo encogido, tocándose diferentes regiones.—Ya estoy sintiendo al astado bruto que me revuelca

y me campanea aparatosamente, como suelen decir todos los telegramas...

Y al decir esto del astado bruto, que no pasa de ser una atrevida metáfora, no podemos nosotros figurarnos á quién se referiría.

Es decir, figurarnos sí que nos lo figuramos, y ustedes también, pero no vamos á declararlo desembozadamente, porque desde que tenemos rotativa, usamos de una gran prudencia para manejar la pluma, es decir, que nos la cogemos con un papel continuo, como suelen hacer muchos de nuestros colegas los de la bobina.

(La bobina, lector profano, es el rollo de papel que sirve para imprimir con rotativa: no vaya usted á creer que es ninguna cosa de los liberales demócratas.)

Adorables, admirables é impagables estos liberales demócratas.

El otro día se reunieron los tres hombres terribles del partido, y se fueron, reueltos á todo, en busca de D. Eugenio.

El buen señor estaba, como de costumbre, rezando las horas canónicas y descazando una siesta en su sillón frailerero.

Para sacarle de su letargo, López comenzó repitiéndole los trinos últimos de su canario favorito... y nada.

Canalejas le largó una perorata sobre los latifundios, por aquello de *similia similibus*, y no consiguió sino adormecerle más.

Por fin, el anciano Vega Armijo expectó al oído de D. Eugenio su más escogida colección de ternos, porvidas y maldiciones... y ¡que si quieres!

Desesperados los irascibles demócratas, quisieron arrancar de su soporífico sillón al jefe, á viva fuerza, para llevarle á pedir el Poder, que quisiera que no.

Y ¡milagro patente! no habían dado tres pasos con su preciosa carga, cuando...



—¿Qué, despertó D. Eugenio?—pensará alguien.

—Quiá, no señor: los tres se quedaron también dormidos.

Recuerdan ustedes que en la plaza llamada de Isabel II había una supuesta estatua de la Comedia, á quien algunos llamaban *Doña Tancreda*?

Pues bien, nuestro excelente amigo Mejorada, ya que en Madrid no hay otras mejoras importantes que realizar, ha ido y ha quitado de allí la Comedia, que no sabemos dónde habrá metido; aunque es probable que la lleve al Ayuntamiento, en cuyo salón de sesiones pudiera resultar muy alegórica, porque ya se sabe que el mundo comedia es y el Municipio más aún.

Y como el pedestal no podía aprovecharse para cosa mejor, encima de él, que es anchísimo, han colocado una estatuita muy chiquita y de bronce que dicen que representa á doña Isabel II, aunque esto parece poco verosímil.

La cosa no puede ser más antiestética ni menos ornamental: viene á ser como



ponerle á Aguilera un sombrero de copa de Castellano.

Además, la estatua era ya usada, como qu'en dice: procedía de un saldo de ellas que se hizo hace muchos años, y no era cosa de gastarse los cuartos en un pedestal nuevo.

Total, que con cuatro cuartos y sin molestar á ningún escultor ni á nadie, cumple uno con la Historia y queda tan ricamente.

Como que estoy ya pensando en ofrecerle á Mejorada un busto de mi abuelo (del abuelo de Gedeón) que tengo en casa casualmente, para si quiere colocarle en cualquiera de los pedestales que hay en el Prado presidiendo la apertura de la Exposición de zorros y plumeros allí establecida.

Las últimas noticias relativas á la apertura de Cortes son consoladoras.

Se abrirán el día de San Antonio, ó al siguiente.

Para celebrar los días de Maura, vamos.

Quien servirá á sus festejantes, en vez de peras en dulce y melocotones en almíbar, cabezas de ministro villaverdista.

Ya estamos viendo á D. Raimundo re-



zando al pie del altar de San Antonio, abogado de las cosas perdidas.

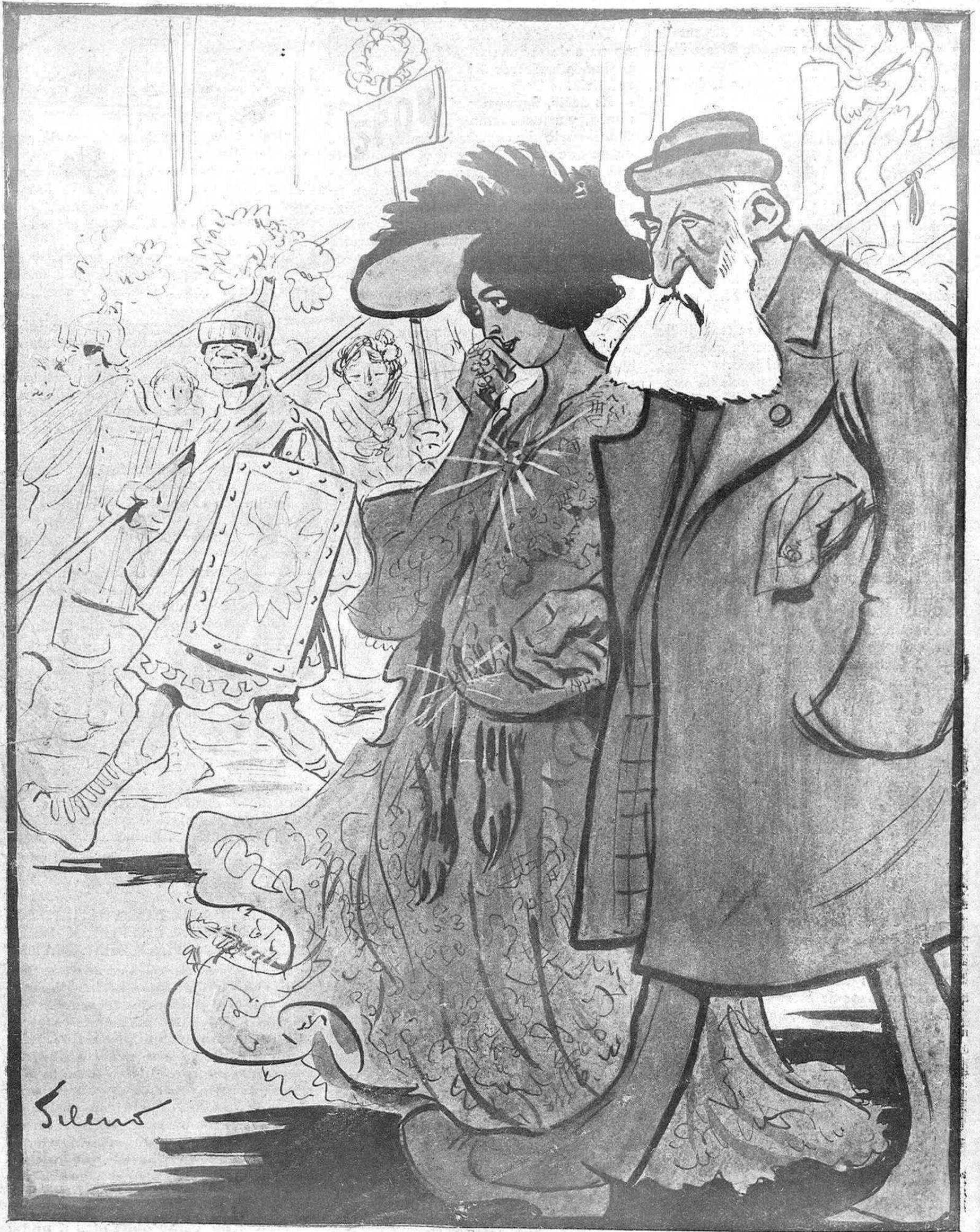
Y ¡cosa más perdida que este Gobierno al abrirse las Cámaras!...



NOTA PARA LOS SUSCRIPTORES GRATUITOS A ESTE IMPOPULAR SEMANARIO

Señores suscriptores gratuitos: habrán visto ustedes que GEDEÓN, cumpliendo su palabra, les ha servido sus números y seguirá sirviéndoles otros dos que faltan para lo prometido. Pero como á la larga este negocio pudiera resultar tan improductivo como la presencia de Villaverde en el Poder, participamos á ustedes que con el último número gratis, ó sea el del 4 de Mayo, tendremos el honor de pasar á ustedes el recibo para el caso de que quieran gozar de nuestra suscripción en adelante por la insignificante suma DE UNA PESETA EL TRIMESTRE.

Ustedes no están obligados á nada; pueden pagar el recibo ó no pagarles; pero en este segundo y lamentable caso no seguirán recibiendo el periódico, pues para darlo de balde, con cuatro números basta.



LAS PROCESIONES DE SEVILLA

EL ILUSTRE VIAJERO LEOPOLDO.—CLÉ-CLÉ, MIRA LOS ARMADOS. ¡LO QUE DARÍA YO POR PERTENECER Á ESTA COFRADÍA!